

NÚM. XI

SAN ATANASIO.

(296-373.)

Las primeras herejías habían sostenido la unidad abstracta del Ente Supremo, negando por consiguiente la eterna é inmutable revelación de Dios, y la unidad en tres personas distintas. Aclarado el dogma de la diferencia personal entre el Hijo y el Padre, se pretendió que había también una diferencia en su esencia. Arrio decía: « El Hijo no fué engendrado de la misma naturaleza que el Padre, sino creado de la nada; existía ántes de la creación del mundo, pero no *ab æterno*; y si ha precedido uno á otro en la creación, ya es esencialmente distinto del Padre, que creó el tiempo por intermedio del Hijo. Hay, pues, entre Él y el Padre el mismo abismo que entre el Criador y la criatura; Él no podría conocer ni al Ente primero; su voluntad es inconstante originariamente y capaz de obrar mal ó bien; aunque el Padre, previendo que persistiría en el bien, le había concedido dignidad y preeminencia sobre todas las criaturas, aun ántes de que la obtuviese por sus méritos. »

El verdadero cristiano, que por la fe en Cristo, Hombre-Dios, único mediador divino, se abría el camino hácia Dios, y tenía medios de unirse con Él íntimamente, veía apartarse este mediador de la esencia de Dios, reapareciendo la pagana separación entre Dios y el hombre. Atanasio, diácono del obispo de Alejandría, se levantó á defender este dogma. Conoció desde luego que la transición era « un pensamiento envuelto en fango: » y sin encerrarse en los hechos evangélicos, se elevó á la cumbre de la verdad, declarando que Cristo es la sabiduría del Padre, y que por lo tanto la sabiduría es eterna, inmutable, innata como él. Excitado seguramente por Atanasio, el obispo de Alejandría, en un concilio celebrado en esta ciudad, reprendió á Arrio; pero este no cedió, y hablando y disputando y escribiendo ganaba partidarios, que pronto formaron una congregación distinta.

Entónces el mundo cristiano quedó dividido en dos partidos de igual fuerza, y la cuestión,

que al principio había parecido fútil, se vió que llegaba á la esencia del Cristianismo, siendo verdaderamente importante el decidir si Cristo era realmente Dios, ó si habiendo adorado hasta entónces á un hombre no se había hecho mas que sustituir una idolatría á otra idolatría.

Fué un grave mal en estas discusiones el que todos quisiesen tomar parte en cuestiones teológicas, y hacer del misterio mas sublime un objeto de diarias disputas. En Oriente, desde el emperador al mendigo, todos estaban ocupados en estas controversias; y Gregorio de Niza nos habla de banqueros, herreros y vendedores que se ocupaban en dogmatizar en las calles, en las plazas, en medio de sus asuntos, discutiendo sobre la procreación ó no procreación, sobre la subordinación del Hijo al Padre, y sobre otros puntos semejantes.

Constantino Magno, que había creído dar la paz al mundo romano estableciendo la unidad de la creencia cristiana, se asombraba y se enojaba al verla rota de nuevo; sin embargo, conociendo que segun sus creencias la Iglesia no debe ser gobernada sino por sí misma, convocó un concilio de todos los obispos del imperio. Como lo que se quería era hacer entrar á todo el mundo romano en la comunión cristiana, no bastaban ya decisiones parciales; la Iglesia, que representa á la humanidad, divinamente restablecida en la unidad, debía manifestarse una en los concilios ecuménicos, y en ellos esclarecer de comun acuerdo, y establecer qué era lo que debía creerse en un punto tan esencial al Cristianismo como la naturaleza del Verbo. El concilio se reunió efectivamente en Nicea de Bitinia (325), asistiendo casi todos los obispos orientales y veintidos arrianos. Estos, sin embargo, disentan entre sí sobre algunas particularidades; por lo cual los ortodoxos los vencieron fácilmente, y se formó un simbolo de la fe, en el cual se declaraba que el Hijo es *constancial* con el Padre (*ὁμοούσιος*). Esta era una palabra nueva, pero

expresaba la íntima y tradicional creencia cristiana.

Ademas era preciso decidir en qué tiempo había de celebrarse la Pascua, y se convino en que se celebrase el día que acostumbra á hacerlo la Iglesia Latina; deferencia de gran significación. Había también que juzgar á Melecio, obispo egipcio, que despues de haber sacrificado á los ídolos en tiempo de Diocleciano, continuaba ordenando sacerdotes; se había separado de la Iglesia de Alejandría, sin profesar al principio ningun error, pero despues se había unido á Arrio para oponerse á Atanasio; se le conservó el título de obispo, mandándole que cesase de ordenar, y que lo hiciese en su lugar el obispo de Alejandría.

La Iglesia peleaba, pues, por dos grandes objetos: por la divinidad de Cristo, y por su propia unidad, expresada en la conformidad de creencias y de ritos. Viéndose amenazada se refugió en un gran corazón para reunir allí todas sus fuerzas; en el corazón de Atanasio.

Atanasio había sido el alma de aquel concilio; y habiendo sucedido bien pronto al obispo de Alejandría por la enérgica voluntad de todo el pueblo, se vió encargado del peligroso honor de dirigir una Iglesia agitada por las facciones. Viendo que los arrianos estaban muy lejos de someterse á la decisión del concilio de Nicea, Atanasio trató de hacer ver que el arrianismo repugnaba á los sentimientos, á las esperanzas, al modo de ver de los Cristianos y de sostener la naturaleza divina de Cristo.

Es una cosa importantísima, no ménos para la historia filosófica que para la religiosa, el estudio de las herejías, lucha de la independencia individual contra la ciencia general, del espíritu humano que se revela contra la autoridad con sus ingeniosos subterfugios, sus caprichosos extravíos, con todo el poder del sofisma y de la fantasía. Bello es también el ver á la teología demostrar lo que se sustrae á la demostración, es decir, lo maravilloso, lo incomprendible. La presente cuestión aumenta también su importancia por el resultado que produjo de emancipar la Iglesia de la potestad política.

Los demas obispos que habían decretado, segun el Espíritu Santo, en el sínodo de Nicea, no parece que comprendieron tan claramente la altura de la cuestión como Atanasio, porque bien pronto vacilaron y cambiaron, y á la perfecta conformidad de sustancia (*ὁμοούσιος*) sustituyeron la *analogía* (*ὁμοιωσις*). Él, sin embargo, permaneció inmutable; vió que la diferencia era de una sola sílaba, pero que aquella sílaba daba ó quitaba á Cristo al mundo. La idea dominante en sus escritos es la necesidad de creer en la divinidad de Cristo, si la nueva religión debe ser eficaz y mantener sus promesas; porque si el Redentor no era verdadero Dios, los hombres habían vuelto á caer en la idolatría; solo la creencia en la verdadera divinidad de Cristo puede asegurar á los hombres que la

gracia residente en él es inmutable y eterna.

Así hacía depender la esencia del dogma cristiano de la divinidad de Cristo, y por lo tanto no era ya esto una disputa de palabras, sino una disputa sobre la esencia del Cristianismo, que consiste en la distinción del Verbo de Dios y en creer que este Verbo es Jesucristo; por lo tanto, Atanasio sostiene esta cuestión con una firmeza que otros llaman obstinación; y aunque Arrio se somete y condesciende en alguna parte, él está firme y quiere hacerle excluir de la comunión. Constantino, satisfecho con la retractación de Arrio, le llama del destierro con otros; pero esto desordena la Iglesia de Alejandría; los celosos son perseguidos, y Constantino se deja persuadir y expresa á Atanasio su propia voluntad de que reciba en la comunión á los disidentes. Atanasio se niega á ello; de modo que aparece como el único obstáculo á la pacificación de la Iglesia.

Principian, pues, las acusaciones contra él; le llaman soberbio, le dicen que ha violado el concordato de Nicea con los discípulos de Melecio, que ha roto sacrilegamente un cáliz en una iglesia suya de Mareótis, que ha hecho azotar ó encarcelar á seis de sus obispos, y que con su propia mano ha asesinado y mutilado al obispo Arsenio. Formóse un juicio sobre estas acusaciones. Atanasio contestó su autoridad; pero las precisas órdenes del emperador le llamaron al concilio de Tiro (335). Allí sus adversarios se precipitaron contra él, y el calló esperando que le llegara su vez para responder: entónces presentó el testimonio contrario de muchos obispos melecianos que había llevado consigo, y el del mismo Arsenio que estaba vivo y sano. Sin embargo, los arrianos acudieron á las fórmulas y profirieron la deposición y el destierro.

Anastasio no había esperado la ya prevista sentencia, y fugitivo llegó á Constantinopla, donde en la calle se presentó al emperador pidiendo ser escuchado. Este valor apaga la cólera del emperador y manda abrir una información sobre el negocio; y Atanasio hubiera sido absuelto, si entónces no le hubiesen dirigido una nueva y gravísima acusación: el haber retenido en Alejandría la flota que llevaba los granos á Constantinopla. Ya Cristo había sido acusado como revoltoso contra César, y esta acusación debía reproducirse á menudo contra sus mas celosos adeptos. Por lo tanto se creyó, si no justo, prudente alejar á Atanasio; que permaneció veintiocho meses en la corte de Tréveris.

Quizá Constantino esperaba con esto volver á la Iglesia la unidad y la paz, pero por el contrario crecieron las disidencias; el mismo Arrio no pudo ser admitido á la comunión en Alejandría porque se prevenían mayores males; y la noche ántes del día en que debía ser admitido, fué hallado muerto. El año siguiente (337) murió también Constantino y su imperio quedó dividido en tres; Constantino segundo llamó á los

obispos desterrados y á Anastasio, con un edicto muy honroso para ellos, que atestigua su inocencia y sus méritos.

Peró cuando el jóven Constantino murió, abrazó el débil Constancio el partido arriano y volvió á perseguir á Atanasio. Noventa obispos arrianos, reunidos con el pretexto de dedicar la catedral de Antioquia, compusieron una confesion de fe que rebosaba arrianismo, y decidieron que un obispo depuesto por un sínodo no pudiera ser rehabilitado sino por otro sínodo. Es verdad que se replicaba que el concilio de Tiro estuvo presidido por un comisario del emperador con asistencia del verdugo; pero no obstante confirmaron la degradacion de Atanasio, y usando de la fuerza pusieron en su lugar á Jorge de Capadocia.

Atanasio entónces abandonó de nuevo su sede, se ocultó y circuló algunos escritos; despues se acogió á la sede de Roma, que entónces luchaba para asegurarse el disputado primado sobre la Iglesia oriental. El papa Julio favoreció al prófugo y conoció que el defenderle podía ser un medio de fortalecer su primacia. Le protegió tambien el emperador Constante que estaba en Milan, y convocó un concilio ecuménico en Sardes (347). Pero bien pronto los obispos de Oriente huyeron á Filipópolis, convocando un concilio contra otro concilio; uno de ellos veneraba á Atanasio como santo, el otro le anatematizaba como enemigo de Dios. Así se aumentaban entre las dos Iglesias aquellas diferencias que con el tiempo habian de convertirse en un cisma. En la disputa del primado, nacida entre las dos, fué un gran paso el establecer que las apelaciones se llevasen siempre á la Iglesia de Roma.

Atanasio tenia frecuentes conferencias con Constante, el cual se declaró dispuesto á sostener con sus tesoros y con sus armas la fe ortodoxa; é hizo saber á su hermano Constancio que si no reponia á Atanasio en su sede, lo haria con su ejército.

Constancio accedió y envió á Atanasio invitaciones repetidas; y este, convencido de que eran sinceras y de que serian abolidos los edictos ilegales contra su partido, se puso en camino. El pueblo acoge bien siempre á los que son perseguidos por el poder, y por lo tanto es imposible describir las aclamaciones que le acompañaron, mientras atravesó como en triunfo la Tracia y la Siria; y la grandísima ovacion al entrar en Alejandría, cubierto de gloria por el martirio y por el triunfo inerte contra príncipes armados. El Nilo brillaba con largas filas de antorchas; todas las casas parecian convertidas en capillas en que resonaban los himnos; por todas partes habia banquetes en que se daba lo mejor á los pobres; dábanse vestidos á los huérfanos y á las viudas; graciosas niñas consagraron á Dios su virginidad; juvenes robustos abrazaron la vida solitaria.

La muerte trágica de Constante (350) arrebató su protector á Atanasio; pero Constancio y

Mogencio que se disputaban el trono halagaban á porfia al poderoso arzobispo. Sin embargo, Constancio apénas se vió seguro dió rienda suelta á una ira mucho tiempo comprimida, y declaró que le convenia mas entónces humillar á Atanasio que en otro tiempo vencer á Magencio ó á Silvano. Pero se trataba de un obispo querido y venerado, y las franquicias cristianas ponian su freno á aquellas voluntades despóticas que poco ántes enviaban á la muerte á los grandes señores, á los grandes sabios, á los grandes capitanes. El emperador, pues, tuvo que recurrir al ardid y á los manejos ocultos, resucitar la sentencia del concilio de Tiro, y ántes de todo, á fuerza de intrigas, privar á Atanasio del poderoso auxilio de los obispos de Occidente. En los concilios de Arles y de Milan (353) el temor del emperador, las artes de los arrianos, los manejos de los eunucos fueron bastante poderosos para reducir á los obispos, que aceptaron adulaciones, dones, privilegios.

Las persecuciones, pues, se habian cambiado en seducciones; en vez de azotar las espaldas se tentaba el vientre, como decia San Hilario, obispo de Poitiers, uno de los que se conservaron fieles á la verdad y á la desgracia, y que no quisieron condenar á un ausente que no podía disculparse. Estos insistian sobre todo en el deber que tenian sus enemigos de limpiarse la mancha de herejía ántes de poder condenar en unidad á Atanasio. Sin embargo prevalecieron los manejos, y se profirió la expulsion del primado, considerado como única causa de la division de la Iglesia, y escribieron una fórmula que debian firmar todos, ó ser desterrados inmediatamente (355).

En medio de esta lucha, Atanasio fué sostenido por el pueblo y por los monjes que él habia introducido ó difundido en Occidente, especialmente con la obra de San Antonio, cuya vida escribió tambien.

Es tan fácil el reirse de los frailes, y tan comun el burlarse de sus oraciones (1), que á lo ménos por buen gusto se debería aprender á distinguir las edades, á no comparar nuestros tiempos en que se pasan los dias en placeres, en la mesa, en el teatro, con aquellos cuya primera necesidad era tener una cosa que creer, algo que esperar. Uno de los libros mas tristemente célebres de nuestros dias dice: « En los primeros tiempos del Cristianismo causa extrañeza encontrar aquella sed de soledad mientras se trabaja en la constitucion del dogma. Cuando la sociedad antigua se arruina, los hombres no tienen ya nada que decirse unos á otros; y sin embargo, no es el odio de la sociedad lo que les expulsa de las ciudades y les lleva á los desiertos. Al contrario, á medida que la soledad aumenta en Alejandría, en Bizancio, en Aténas, los

(1) Melchor Gioja llama estúpidos « á los habitantes de la Tebaida y otros semejantes, que salidos de la sociedad civil, y absteniéndose de todo trabajo físico, intelectual y moral, reducian su vida solo á orar. » Es digna de verse la brillante refutacion de Rosmini, *Apologética*, p. 224.

nombres huyen al desierto, para reconstruir la sociedad, renovando su alianza con Dios. Comprenden que la vida no está ya donde estaba, en las instituciones, en el Areópago, en el Foro, en el hogar doméstico; solo por amor de la vida verdadera huyen del mundo, que solo existe en apariencia. Como pájaros á quienes persigue la tempestad, huyen, se alejan y van á fundar léjos una nueva ciudad, en un sitio adonde no pueda llegar ninguna invasion de los Bárbaros.

« En tiempo de Basilio, de Jerónimo, de Agustín, habia aun algunas huellas del Foro y del Areópago; aun se imitaban las grandes cosas de Roma y de Aténas. El mundo se adornaba, vivia en apariencia en las leyes, en los discursos, en una sombra de Senado. Hombres nuevos que venian de Tagaste, ó de la Liria atraidos por la majestad de los nombres, ¿ es posible que no quedaran estupefactos al principio y disgustados despues, cuando en vez de las cosas, no hallaban mas que una ficcion, una mentira? y huían asustados al fondo de las montañas, adonde aun no habia impreso su huella ningun hombre; cajan de rodillas, y el diminuto insecto que buscaba su alimento, obra verdadera del Dios verdadero, les parecia que caminaba por el camino recto mucho mejor que lo hacian Roma y Aténas bajo su máscara teatral; el casi imperceptible susurro del agua era un discurso verdadero para los oidos cansados de los sofismas de Bizancio.

« El hombre se separaba del hombre, es verdad; sin embargo, nunca habia estado ménos solo, porque iba á conversar con Dios. Cada uno toma un camino particular hacia la soledad; pero esta soledad está por decirlo así poblada, todos tienen la misma compañía, á todos ocupa el mismo pensamiento. Si los cuerpos no se ven, los espíritus se tocan, y están incomparablemente mas próximos que cuando discuten juntos en la plaza pública sin poder ponerse de acuerdo; están separados en apariencia, pero habitan en comun en la misma idea. Desde este desierto no hay mas que un paso al tipo y á la renovacion de la sociedad moderna, fundada sobre la individualidad y la asociacion (1). »

El objeto que se proponian los monjes, segun dice Atanasio, era la castidad, la libertad y la elevacion del espíritu, libre de los vinculos del mundo finito; los monjes estaban tan absortos en los pensamientos del alma que no se cuidaban del mundo que los rodeaba. Sus caracteres son una piedad grande, un modo mas exacto de valuar las cosas, como sucede al que está fuera de ellas; ademas del don especial de los milagros. Son pocos, pero la admiracion que producen excita á la imitacion. Los que no estaban adornados de tan especiales cualidades, tuvieron necesidad de una regla, de una direccion, y muchas veces la traspasaron, y se vió exagerar las buenas cualidades de los modelos, aborrecer las cosas mundanas, afectar suciedad y tosquedad,

(1) QUINET, *Le Christianisme et la Révolution française*.

abandonar toda alegría de espíritu, llevar las privaciones á un extremo admirable; pero esto no obstante en lo interior no eran perfectos, se mostraban orgullosos de sus pocos dones, envidiosos de los que no tenian, indóciles á las amonestaciones, ociosos, ignorantes. Los primeros no eran así y mucho ménos Antonio.

Habia nacido este de una noble familia en Coma, en el Alto Egipto (251), y desde niño solo le llamaba la atencion su casa; no recibió instruccion ninguna, ni aun sabia leer; al paso que asistia asiduamente á la iglesia y á las lecciones de Sagrada Escritura que conservaba fielmente en su corazon. Entrando una vez en la iglesia, las primeras palabras que oyó fueron: « Si quieres ser perfecto, vé y vende todo lo que tienes, dáselo á los pobres y tendrás un tesoro » en el cielo; despues ven y sígueme. » Greyó que estas palabras eran dichas á él, y habiendo muerto ya sus padres vendió todo lo que poseía y lo distribuyó á los pobres, excepto lo que pertenecia á una hermana suya. Otra vez oyó decir en la iglesia: *No penséis en el dia de mañana*, y fué y dió á los pobres lo que habia reservado para su hermana, confiando esta á una reunion de vírgenes fieles.

Entónces se dedicó á la vida devota, imitando á un ascético que vivia no muy léjos de su casa. Habiendo oido que *el que no trabaja no debe comer*, trabajaba con sus propias manos para ganarse el sustento, y distribuía lo sobrante entre los pobres. Pero atendia mucho mas á la oracion, consultaba con las personas de talento, era dócil á sus palabras, las guardaba profundamente, imitaba á uno en la mansedumbre, á otro en el fervor de la oracion, á este en la humildad, á aquel en la vigilancia, al otro en la perseverancia ó en la abstinencia ó en la ternura, y á todos en la piadosa fe en Cristo y en el amor al prójimo.

El demonio lo tentó con pensamientos carnales, con el recuerdo de los bienes que habia perdido, de su noble estirpe, de su dinero, de la gloria, y él se libró de ellas con la abnegacion y con pensar continuamente en la dignidad del alma, y venció las sugestiones de la carne, y pudo decir con seguridad como San Pablo. « No yo solo sino con el auxilio de la gracia de Dios; » entónces se lamentó de los combates que habia sufrido diciendo á Dios: « ¿ Adónde estáis que no vinistes desde el principio á consolar mis dolores? » y una voz divina le respondió: « Antonio, yo estaba contigo; pero esperaba el resultado de la lucha. Y porque la has sostenido sin sucumbir, yo te asistiré siempre y haré tu nombre famoso en toda la tierra. » Se acostumbró á la abstinencia de modo que podía pasar muchos dias sin comer ni dormir; vivió veinte años en las tumbas que habia al rededor de su ciudad, ó como ermitaño en la montaña, y á los que fueron á buscarle para sacarle de tal severidad se presentó sereno, tranquilo, nada estúpido, nada melancólico. Dios le habia concedido el don de la persuasion y de

los milagros, por lo tanto concilió á los que estaban reñidos y consoló á los atribulados; pero lo que mas inculcaba era la caridad de Cristo, y predicaba la perseverancia á los ermitaños que se acogían á él. Aquella montaña estaba llena de coros que cantaban, que se ocupaban de las ciencias y de la oración, que se consolaban en la esperanza de las cosas futuras, que trabajaban para tener con qué socorrer á los pobres, y que por su armonía parecían una república de santos.

Cuando principió la persecucion de Maximino, cuando los mártires eran llevados á Alejandria, Antonio fué á verlos ó correr su suerte (310); los visitaba en las cárceles y en los subterráneos, los animaba en los tribunales, los acompañaba al suplicio, y habiéndoselo prohibido el juez, se mudo el hábito y prosiguió haciéndolo esperando merecer tambien el martirio, que Dios no le concedió, reservándole para consuelo y ejemplo de los demas.

Volvió despues al desierto y se internó mucho mas, para atender á sí mismo, y porque la turba de los que lo visitaban no le hiciese ensoberbecerse; y así difundía su celo y su instrucción. Desde el Monte Colzim, en que habitaba, se descubria un inmenso horizonte, al Oriente descollaban las cumbres de Horeb y del Sinai, el desierto desde el Sur hasta el Mar Rojo; á Mediodía los montes de Tebáida; al Septentrion las estériles llanuras en que se hicieron célebres los Hebreos, al Occidente, mas allá del desierto, el fecundo valle de Egipto. En aquellas desnudas cumbres encontró un palmo de terreno donde sembró algunas legumbres para dar de comer á los peregrinos que allí llegasen, pero las fieras destruyeron el huerto. Antonio cogió una y le dijo: ¿Por qué me hacéis mal á mí que en nada os perjudico? Andad, y en nombre del Señor no os aproximéis mas aquí. Y las fieras obedecieron. Compadecía á los peregrinos por los tormentos que padecían, escuchaba sus confidencias, oraba con ellos; y muchas veces fué oído por el Señor, de lo cual no se gloriaba, así como tampoco murmuraba cuando algunas veces Dios no le escuchaba; siempre daba gracias al Señor, y aconsejaba á los afligidos que esperasen en Aquel que puede hacerlo todo cuándo y cómo quiera. — Y allí en aquellas alturas tan propias para exaltar el espíritu tuvo frecuentes visiones y conoció los misterios de la segunda vida. Cuando tuvo noticia de las predicaciones de Arrio, volvió entre los hombres, no para argumentar, sino para repetir: « No os comunicéis con los impíos » llamados arrianos, que son idólatras mas bien que Cristianos, porque adoran á Jesus y sin embargo blasfeman de él, y se atreven á sostener que es una criatura. »

La opinión manifiesta del hombre de Dios valía entre la multitud mas que los argumentos de los doctores, y siempre humilde, respetuoso á los sacerdotes, sereno como el que no está turbado por la pasión, suplía con la sutileza la

falta de educación científica, diciendo que no inventó el alfabeto la razón, sino esta el alfabeto. Á un filósofo que se maravillaba de que pudiese hacer lo que hacía sin libros, le respondió: *Mi libro es la naturaleza*. Habiendo ido á visitarle dos filósofos griegos creyendo que sorprenderían su alabada sabiduría, Antonio lo conoció y les preguntó: « Para qué os habéis cansado en venir á ver á un estúpido? — Hemos venido, no á ver á un estúpido, sino á un gran sabio. — Pues si habéis venido á ver á un estúpido, es trabajo perdido. Si me creéis un sabio, haced lo que yo, imitadme, y haceos semejantes á mí. Yo soy cristiano. » Otros que habían ido á burlarse en él de la locura de la cruz, se vieron obligados á admirar la alta razón que deducía de la propia bondad, y á reconocer los errores de su creencia. Tambien el emperador Constantino le escribió deseando tener una carta suya; Antonio no quería recibirla, diciendo que no sabía contestar; pero aconsejado por los monjes se la hizo leer, y respondió no adulando, sino congratulándose porque la majestad de la tierra se encorvaba ante la majestad del Cielo; despues le exhortaba á que no hiciera gran caso de las cosas terrenas, sino que debía recordar el día del juicio, y pensar que el único y eterno emperador es Cristo; que debía mostrarse lleno de humanidad, justo, y solícito para los pobres.

Así vivió hasta los ciento cinco años.

No pongamos en el crisol de una crítica rigurosa los hechos que Atanasio nos cuenta; recordemos, sin embargo, que la vida de Antonio, escrita por él, se difundió rápidamente por toda la Cristiandad, fué encomiada por Jerónimo, Rufino y otros; recomendada por Crisóstomo como libro de máximas sólidas y edificantes; no olvidemos que la lectura de aquella vida convirtió á San Agustín (1).

Atanasio había pasado algun tiempo de su juventud entre aquellos ermitaños, y en los áridos placeres de la abstinencia; prueba de que no inspiraba solo á los frailes un ascetismo inactivo, sino que aquella vida era la palestra del espíritu para fortalecerse para las grandes batallas de Dios. Antonio, antes de morir, le envió una piel de oveja que solía usar como capa en las solemnidades; y como son muchas las mansiones en la casa de Dios, Atanasio le imitó, no en la vida eremítica, sino en la constancia en oponerse inalterablemente á la injusticia humana, oficio propio del que se confía á la justicia divina.

Muchos obispos que no quisieron suscribir la condena de Atanasio tuvieron que huir, entre ellos Liberio, obispo de Roma, el cual en presencia del emperador sostuvo la inocencia del obispo, aconsejó á Constancio que aboliese las decisiones anteriores, y celebrase un nuevo concilio, no en el palacio imperial, sino donde no hubiese guardias ni violencias, sino solo el

(1) *Confesiones*, VIII, 6 y 23.

temor de Dios; donde sobre todo hubiese unida en la fe.

El emperador llevó esto muy á mal, y le hizo desterrar; desterró tambien á otros muchos, entre ellos á Paulino, obispo de Tréveris; hizo negar las acostumbradas distribuciones de grano á los pobres de la Iglesia de Atanasio, y prohibió á los sufragáneos de este que le reconociesen. Enviáronse despues notarios con soldados para intimar á Atanasio que hiciese cesion de su sede. Él se refugió en la iglesia en medio de su pueblo, y cuando las tropas dispersaron á este, Atanasio permaneció quieto en su silla rodeado de los clérigos y monjes, como Papirio entre los senadores de Roma, cuando la tomaron los Galos; de este modo impuso tal respeto que no se atrevieron á arrancarle de allí: nueva victoria del espíritu sobre la fuerza bruta.

Refugióse despues en el desierto, y los arrianos atribuyeron esta fuga á cobardía, como si fuese cobardía el haberles quitado una víctima; el conservarse para mejores tiempos. Su Iglesia en tanto fué horriblemente perseguida; los arrianos triunfaron; en todas partes fueron depuestos los obispos, invadidos y profanados los templos; los jóvenes se complacían en maltratar y en insultar á los monjes y á las vírgenes sagradas. Constancio, que no había tenido el valor de dar por escrito las órdenes de tales violencias, las aprobó gloriándose de haber libertado al Egipto de un tirano que encantaba con la magia de su palabra; « de este maldito que probó demasiado sus crímenes con sustraerse á la justicia y á la muerte tantas veces merecida. »

Atanasio permanecía mientras tanto oculto. « Las incomodidades de la fuga, dice él mismo, son mas difíciles de sufrir que los dolores de la muerte; el principal mérito del que se ve perseguido consiste en perseverar sin enojo ni impaciencia. » En vano se expidieron cartas, emisarios, tribunos por el Alto Egipto y la Etiopia para buscarle y prenderle. Si los tímidos prelados esperando mercedes de la corte abandonaban y hacían tración á la verdad y á sus defensores, los desiertos de la Tebáida eran asilos hospitalarios para el mártir de la libertad; y los monjes creían que los peligros que se pasaban para sustraerle de aquel furor eran mas meritorios que las maceraciones y los ayunos. Llegaban los soldados, intimaban que se revelase el asilo del mártir, y ellos entregaban su cabeza á la espada, sus miembros al tormento antes que violar el secreto. Atanasio en medio de ellos reanimaba su celo y compartía las austeridades; algunas veces se atrevía á ir á Alejandria al traves de inmensos peligros para confortar la fe de los suyos, y asistió secretamente y de incógnito á los concilios de Rímni y de Seleucia. Al mismo tiempo expedía apologías, y hacía conocer á Constancio que en la guerra de las ideas la fuerza tiene que sucumbir.

Los obispos expulsados eran muchos, de modo

que estaba en grave peligro la Cristiandad indignada de tales persecuciones de sus pastores, de la intrusion de otros extranjeros no elegidos canónicamente, esto es, por el voto de los mismos á quienes debía administrar. La multitud permanecía fiel á la desgracia, demostraba en sus cantares su creencia, y de cuando en cuando era confortada con las pastorales de sus obispos que alaban á los constantes reprobando á los que vacilaban. Y si entonces el mundo veía indiferente la caída de un emperador ó de un usurpador, á todos importaba la elección de los que dirigían las conciencias y sus inmediatos intereses; frecuentemente las facciones tomaban las armas, y el circo no resonaba ya solo con las aclamaciones de los morados y de los verdes, sino tambien con las de aquellos que querían un Dios, un Cristo y un solo obispo. Los desterrados mantenían entre sí una correspondencia fortalecida por la desgracia, y á cualquier punto que fuesen expatriados ó encadenados, predicaban la verdad, de modo que su deportacion se convertía en un apostolado.

Los intrusos, por el contrario, no se atrevían á presentarse en público por temor del pueblo. Desde que el emperador se había introducido en la Iglesia como obispo supremo eligiéndolos, el espíritu eclesiástico quedaba corrompido, y en vez de buscar la amorosa estimación de la grey, los sacerdotes ambicionaban el favor y la riqueza, y se disputaban la posesion de las sedes; y los vínculos de la sociedad civil estaban todos relajados. Irritábase Constancio con la oposicion, y la legalidad de los arrianos hallaba siempre pretextos para hacerse perseguidora; los que se negaban á tomar la comunión de las manos de un arriano eran desterrados y despojados de sus bienes; administrábase por la fuerza los sacramentos; cantones enteros eran devastados; países enteros despoblados: por lo cual Gregorio Nacianceno se lamentaba de que el reino de Dios presentase la imagen del caos, de una tempestad nocturna, del infierno; y Ammiano Marcelino decía que los Cristianos sobrepujaban á las fieras en furor.

Los arrianos se hicieron mas atrevidos; ya no ocultaron sus intenciones: al principio aparentaban tener una creencia que disenta solo en algunas fórmulas, pero despues volvieron enteramente á las ideas de Arrio, y en el concilio de Sirmio (357), estando presente Constancio, publicaron una fórmula de arrianismo puro, diciendo: « Que el Padre es mayor que el Hijo en honor, en jerarquía y en majestad; y proclamaron, por boca de Eunomio, el principio de la autoridad única de la Escritura en oposicion con la tradicion de los Padres. »

Entonces se preparaba un nuevo y gravísimo golpe á los ortodoxos y á Atanasio, pues Liberio, obispo de Roma, que era mirado como jefe de la Iglesia universal, desterrado, privado de fieles consejos, firmó una fórmula arriana, y entró en relaciones con los obispos orientales, prometiendo no recibir mas cartas de Atanasio,